

jando para ocasion mas oportuna el juicio del movimiento intelectual de este reinado, cúmplesos solo apuntar ahora li- geramente que los hombres del gobierno en el período de que estamos dando cuenta, en medio de sus graves atenciones polí- ticas, no solamente no dejaron amortiguar el espíritu litera- rio á que habian dado calor los reinados anteriores, sino que dejando á las veces libre y desembarazado campo á las musas, á las veces acariciándolas ellos mismos, la amena literatura seguia desenvolviéndose sin trabas, algunos ingenios fueron especialmente favorecidos, la poesía prosiguió, ya sosteniendo, ya remontando su vuelo, las obras clásicas de la antigüedad, griegas y latinas, pudieron saborearse en el idioma castella- no, y la lengua patria, cultivada y manejada con talento y con habilidad, ganó en claridad, en precision, en elegancia y en soltura, llevando además muchas de las obras y produc- ciones de aquel tiempo el sello de la grandiosidad de ideas y de sentimientos propio del desarrollo de la cultura y de la filosofía. Tal debía suceder cuando la poesía, en todos sus gé- neros, era cultivada por ingenios como el de Moratin, el hijo predilecto de Talía: como el de Meléndez Valdés, tan tierno, sensible y delicado, como melancólico, majestuoso y sublime; cuando departian con las musas el gran Jovellanos, el ar- diente Cienfuegos, el festivo Iglesias, el nervioso y varonil Quintana.

Hermana de la poesía la elocuencia, ni esta se rezagó en la vía del progreso, ni el gobierno dejó de atender y alentar, así á los que producian escritos elocuentes como á los que publi- caban los libros en que se enseñan las reglas de este ramo de la bella literatura. El gobierno mismo dió el ejemplo de su estimación á los oradores clásicos de la antigüedad, mandan- do hacer en la Imprenta Real la excelente edicion en catorce volúmenes de las obras completas de Ciceron (1). Traducíanse del francés y del inglés el *Curso razonado de bellas letras* de Bateaux, y las *Lecciones de retórica* de Blair, una y otra con aplicaciones á nuestra lengua. Los padres de la Escuela Pia publicaban el *Arte y la Retórica* de Horneros. Capmany habia ganado ya no poca reputacion con su *Filosofía de la Elocuen- cia*, que afianzó y aumentó con su *Teatro histórico y crítico de la elocuencia castellana*; y la Academia Española habia laureado al erudito Vargas Ponce por su elegante *Elogio del rey don Alonso el Sabio*. Y en cuanto á la oratoria sagrada, levantada ya en el anterior reinado de su vergonzosa deca- dencia, y sostenida en este por prelados de la erudicion de un Távira, y un Amat, de un Armañá y de un Posada, y por reli- giosos tan ilustrados como los padres Santander, Salvador, Traggia y Vejarano, mereció tambien una proteccion especial del gobierno, que en 1796 quiso hacer una coleccion de los sermones mas escogidos, así para honrar á sus autores, como para que sirviesen de estímulo y de modelo á los que se de- dicaban al ministerio del púlpito.

Dábanse á luz gramáticas y diccionarios de lenguas sábias y vivas, algunos de ellos ó de real orden ú por encargo especial del primer ministro; de la misma manera que se escribian y publicaban, por comision tambien del gobierno, obras ideol- ógicas, históricas y morales (2). Igual impulso recibian las

(1) Se dió el encargo de ella al distinguido literato don Juan Melon contra el cual los enemigos de las luces habian hecho fulminar un proceso sobre opiniones de escuela, por cuyo motivo estuvo á punto de ser en- cerrado en un convento. El príncipe de la Paz se preciaaba de haberle sal- vado, como á otros sabios y literatos de su tiempo.

(2) Por ejemplo, la *Coleccion de las obras gramaticales de Dumarsais*, que se encargó á don José Miguel Alea: la traduccion de la *Lógica de César Baldinotti*, que se encomendó á don Santos Diez Gonzalez y don Manuel Balbuena: la de la *Dialéctica de Eximeno*, que se publicó en 1796, etc. A la Academia de la Historia encargó el duque de la Alcu- dia que le informase si podrian coleccionarse y publicarse todas las obras del rey don Alfonso el Sabio, pensamiento que ocupa hoy todavia y tiene ya en vias de ejecucion este ilustrado cuerpo; así como le envió tambien el *Plan de un viaje literario para reconocer archivos y bibliotecas, y todos los monumentos útiles á la Historia de España*, presentado por don Ma- nuel Abella.—Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo I.— Así se publicó tambien la *Defensa de la religion cristiana*, por el doctor Heydeck, las *Condiciones de las obras de Dios en el orden natural*, por el alemán Strum, el *Preservativo contra el ateísmo*, por Forner, la *Historia eclesiástica* de Amat y otras semejantes.

pertenecientes á otras carreras y estudios. Obsérvase que las relativas al arte militar y á las materias de guerra eran la mayor parte traducciones (3), y solo algunos ingenios como Valdenebro, Peñalosa y Palacios Rubios escribian tratados originales: mientras las que versaban sobre marina y navegacion eran mas comunmente produccion de autores españoles, entre los cuales se cuentan Mendoza de los Rios, Alcalá Galiano, Ciscar, Solano y Mazarredo. La ciencia jurídica, civil y canónica, ya de tiempos atrás mas cultivada en España, y en que habian sobresalido tan eminentes juriscónsultos, tuvo tambien algunos excelentes continuadores, y la eclesiástica especialmente se enriqueció con las traducciones de Berardi, Van-Espen y Cavalario. La historia española, sagrada y profana, contó en aquel tiempo varones tan ilustrados y doctos como el padre Risco, sabio continuador de la grande obra de Florez, como el abate Masdeu, que en 1797 llevaba ya escritos diez y ocho volúmenes de la Historia crítica de España, como Ortiz y Sanz, autor del Compendio cronológico, y críticos y bibliógrafos como Pellicer y Valladares. Las obras de ingenio, las de educacion y de costumbres, la novela, eran igualmente cultivadas por eruditos como Cañaveras, Montengon, Peñalver, Gutierrez, García Malo y otros, autores ó traductores de planes de educacion en todo género de estudios preparatorios, de no- velas como Eusebio, Antenor, Eudoxia y Clara Harlowe, de libros de costumbres como el de Blanchard.

Propio era este movimiento literario de una época en que florecian Campomanes, Jovellanos, Muñoz, Sempere y Guarinos, Llorente, Martínez Marina, Lardizabal, Cabarrús, Sotelo, Forner, Conde, Asso, Amat, Castro y otros muchos esclarecidos varones, y cuando solo la Academia de la Historia contaba en su seno hombres tan ilustrados y talentos de tan merecida reputacion como Campomanes, Llaguno y Amírola, Sanchez, Gomez Ortega, Capmany, Cerdá y Rico, el geógrafo Lopez, Jovellanos, Manuel, Varela y Ulloa, Cornide, Banquero, Vargas Ponce, el cosmógrafo Muñoz, Traggia, Pellicer, Martínez Ma- rina, y como supernumerarios y honorarios contaba á los ilus- tres Trigueros, Saez, Gonzalez Arnao, Lopez, Carbonell, Bails, Abad y Lasierra, Mayans, Fernandez Vallejo, Lorenzana y Tavira (4).

Fomentábanse las bibliotecas públicas, y se remuneraba á los encargados de estos depósitos literarios con una anchuro- sidad á que no se ha llegado en tiempos posteriores, y tanto mas extraña y laudable cuanto era entonces mas ahogada la situacion del tesoro (5). Nótase tambien que no dejaba de atenderse al mejoramiento de las profesiones científicas ó fa- cultativas, puesto que para su ejercicio se exigian condiciones y títulos que dieran garantía de aptitud, de instruccion y de responsabilidad (6). Pero al propio tiempo que se veia cierto buen deseo de proteger y facilitar las carreras literarias obsér- vabase el errado é inconveniente sistema que se seguia, y cuyo abuso llegó en parte hasta tiempos que nosotros mismos hemos alcanzado, en materia de dispensacion de edad, de cursos y grados académicos, y de conmutacion de estudios de unas á otras facultades ó profesiones, sujetando la concesion de estas gracias á un arancel en que se determinaba la cantidad que se habia de pagar por cada una de ellas; como si el dinero diera ciencia, y la mayor contribucion fuera la pauta de la mayor

(3) Por ejemplo, las de las obras de Montecuculli, Quincy, Leblond y otros.

(4) Todos estos eran académicos el año 1796.—Lo era tambien de la clase de honorarios el príncipe de la Paz.

(5) Por ejemplo, en 1802 importaban los sueldos de los empleados en la Biblioteca Real (hoy Nacional) la cantidad de trescientos dos mil quinientos reales.—En 1859, en que esto escribimos, suman doscientos se- senta y cuatro mil ciento cuarenta y cinco.—Calculando que el número de volúmenes de este establecimiento sea hoy el duplo del que entonces le constituia, fácil es deducir la diferencia proporcional de la remuneracion.

(6) Provision de 5 de enero, 1801, prescribiendo los requisitos que han de concurrir en los arquitectos y maestros de obras, y los que han de preceder á la aprobacion de los diseños y planos para obras públicas.—Cédula de 28 de setiembre sobre Proto-Medicato y Junta superior gubernativa de Farmacia.—Circular de 10 de diciembre prohibiendo el ejer- cicio de la facultad de Cirugía á los que carecieran de las circunstancias prevenidas por las leyes.

suma de conocimientos humanos. En la tarifa de los derechos que habian de pagarse por cada una de las dispensaciones de ley ó gracias al sacar, aprobada por real cédula, prévio informe de los Consejos (13 de mayo, 1801), se señalaba lo que habia de exigirse y cobrarse por la dispensa ó conmutacion de cada curso para grados mayores y menores, por cada año de edad, por cada habilitacion para regentar cátedras ó hacer oposicion á ellas, por cada condicion ó cualidad que se dispense para el ejercicio de una profesion (1). No tardó en reco- nocerse lo absurdo de este sistema, especialmente en la parte literaria, y en aquel mismo año se acudió de algun modo á su remedio, comunicándose al Consejo por vía de aclaracion la siguiente real orden: «No queriendo el rey que se reputen gracias al sacar las que se expresan en la nota adjunta (2), ru- bricada por mí, y se comprenden en la tarifa inserta en la real cédula de 13 de mayo de este año, porque con ella se da lugar al desórden y relajacion de las leyes académicas, tan necesarias para que florezca la instruccion pública, como lo exige el bien del Estado, lo participo á V. E. de orden de S. M. para que se tenga entendido en el Consejo para su cumpli- miento»

No hemos hecho ahora sino presentar una ligera muestra del movimiento intelectual de aquel tiempo, indicar la varie- dad de estudios que se cultivaban, y mencionar una parte de los hombres ilustres que enriquecian con sus producciones y escritos la república de las letras, reservándonos dar en otro lugar mayor extension á este exámen; puesto que al presente solo nos proponíamos demostrar que aquel gobierno, en medio de las atenciones de la guerra, de la situacion turbulenta y agitada de Europa, y del natural desasosiego de los ánimos en España, si cometió errores políticos, ni dejó de impulsar la industria y las artes, ni descuidó el desarrollo y mejoramiento de los estudios públicos, ni trató con indiferencia á los erudi-

(1) Hé aquí una muestra de esta curiosa tarifa:

Por la dispensa de cursos para grados mayores, por cada año.	1,500 rs.
Por la dispensa del cuarto año para grados menores en claustro ordinario.	1,100
Por la conmutacion de cursos de una facultad mayor por otra, por cada año.	300
Por la habilitacion del curso de Filosofía ganado fuera de universidad ó estudio habilitado, por cada año.	100
Por el título de las cátedras mayores en universidades mayores.	300
En las demás del reino.	200
Por la habilitacion para hacer oposicion á cátedras por falta de tiempo, por cada año.	100
Por la dispensa de cualidad para haberse de graduar en universidad.	150
Por la dispensa que el Consejo cede de cuatro meses para poder recibirse de abogado, por cada mes.	60

Hemos dicho «una muestra de esta curiosa tarifa,» porque á este símil se regulaba el precio de las demás gracias: por ejemplo, en las pertene- cientes al ramo de administracion de justicia se decia:

Por la orden y providencia de que un pleito se vea en las Audiencias y Chancillerías con la sala plena.	60
Por que sea con asistencia precisa del regente.	80
Por que se vea con las dos salas ordinarias.	200
Por que se vea con las dos salas plenas.	300
Por que se vea en el Consejo con dos salas plenas.	450
Por que se vea con tres.	1,100
Y con la calidad que sean completas.	2,200
Por que se vea en Consejo pleno.	6,000

(2) La nota especificaba los casos siguientes:
Dispensa de cursos para grados mayores.
Dispensa del cuarto año para grados menores en claustro ordinario.
Conmutacion de cursos de una facultad mayor por otra.
Dispensa para grados en facultad mayor á los regulares, habilitándo- les los cursos ganados en sus casas religiosas.
Habilitacion del curso de filosofía ganado fuera de universidades ó es- tudios habilitados.

Si por circunstancias particulares se habilitasen alguna vez cursos en facultades mayores ganados fuera de universidades ó estudios habili- tados.

Habilitacion para hacer oposicion á cátedras por falta de tiempo.

tos y sabios, ni fué corto en proteger los ingenios, ni escatimó á la emision del pensamiento una libertad y un ensanche de que antes habia carecido, ni fué escaso en promover y auxiliar multitud de publicaciones en casi todos los ramos de los co- nocimientos humanos, que sin este auxilio no habrian podido ver la luz ni derramarla á su vez en el pueblo.

CAPITULO VII

España y la República francesa hasta el Consulado

DE 1798 Á 1799

El ministro Saavedra sumiso á la voluntad del Directorio.—Providencias contra los emigrados franceses.—Azara embajador en París.—Renuda la negociacion de la paz con Portugal.—Cómo y por qué causas se frustró.—Fuga de París del ministro portugués.—Célebre expedi- cion de Bonaparte á Egipto.—Conquista de Malta.—Gloriosos triunfos de Bonaparte.—Alejandría, el Gran Cairo, las Pirámides.—Política singular de aquel guerrero.—Memorable derrota de la escuadra france- sa en Abukir.—El almirante Nelson.—El Gran Turco declara la guerra á Francia.—Segunda coalicion de las potencias.—Esfuerzos de España para el mantenimiento de la paz.—Los ingleses nos toman á Menorca.—Malograda insurreccion en Irlanda.—Invasion de Roma por el rey de Nápoles.—Ovaciones que recibe.—El general francés Championnet derrota el ejército austro-napolitano.—Apodérase de Ná- poles.—Funda la república Parthenopea.—Abdicacion del rey del Piamonte.—Reclama Carlos IV su derecho á la corona de las Dos Sicilias.—Desden con que oye el Directorio su reclamacion.—Desavenencias entre el ministro Urquijo y el embajador Azara.—No logra el emperador de Rusia hacer entrar á España en la coalicion.—Campañas del Danubio y de Italia.—Triunfos de Suwarow.—Derrota de ejércitos franceses.—Pierden la Italia.—Agitacion en París.—El 30 de prairial.—Representacion del embajador español.—Medidas revolucionarias del nuevo Directorio.—Guerra de Italia.—Batalla de Novi, desastrosa para los franceses.—Irritacion de los ánimos en París.—Los patriotas, la imprenta, los clubs, los Consejos, el Directorio.—Buscábase quien pudiera salvar la Francia.—Memorable victoria de Massena en Zurich, derrota y retirada de los ejércitos rusos.—Regresa Bonaparte de Egipto.—Desembarca en Frejus: pasa á París: entusiasmo y conmocion general.—Situacion de la Francia.—Presentimiento general de una gran revolucion.—Destruccion de la Constitucion del año III.—El consula- do provisional: Bonaparte cónsul.—Relaciones entre España y Francia en este tiempo.—Escuadras españolas al servicio de la república.—Sus movimientos y destino.—Sumision del gobierno español al francés.—Humillante carta de Carlos IV al Directorio.—Es relevado Azara de la embajada de París.—Sus relaciones con Bonaparte.—Se retira á Barcelona.—Declaracion de guerra entre Rusia y España y sus causas.— Situacion de las cosas á fines de 1799.

Retirado del ministerio el príncipe de la Paz (28 de marzo de 1798), y habiendo tenido tanta parte en este suceso las gestiones y las instancias del Directorio francés, el gobierno español mostróse tan afanoso de acreditar su adhesion á la república, y tan dócil y obsecuente á las exigencias del emba- jador Truguet, que inmediatamente dió orden para que fuesen expulsados del reino los emigrados franceses, sin exceptuar los mas distinguidos personajes de la nobleza de Francia, ni al mismo duque de Havré, con tener el carácter de grande de España, y con ser el encargado por el conde de Provenza (des- pues Luis XVIII) de comunicarse y entenderse con la corte y con la familia real de España. Ejecutóse la orden con tal rigor, que hasta se enviaban alguaciles á las casas donde se sospe- chaba haber emigrados, y se empleaban espías para descubrir desertores. Se prohibió mas estrechamente la introduccion y venta de mercancías inglesas; y para que la república no du- dara de la completa sumision del gobierno español, se previno á los predicadores que se abstuvieran, segun les estaba ya or- denado, de hablar en el púlpito de materias políticas, y sobre todo de proferir expresiones que pudieran ofender al gobierno de la nacion vecina, ó dañar ó lastimar de algun modo la buena union y amistad de ambas potencias (3).

(3) Fué esto á consecuencia de una queja dada por el embajador fran- cés sobre el modo como se habia expresado en el púlpito de la catedral de Santander un fraile franciscano, como tambien otros dos religiosos predicando en Chinchon y en Yepes.—Archivo del ministerio de Estado, legajo 49, núm. 20.—Reclamaciones y quejas de esta especie se repetian con frecuencia por parte del embajador de la república, porque eran tam- bien frecuentes estos hechos.

Como otra prueba del vivo deseo de complacer al Directorio y vivir con él en la mejor armonía le presentó el ministro Saavedra el nombramiento que hizo en don José Nicolás de Azara, ya antes propuesto por el príncipe de la Paz, para embajador de España cerca de la república. Era, en efecto, el antiguo embajador de Roma agradable al Directorio por sus relaciones y su comportamiento con los generales franceses en los acontecimientos de Italia. Y ciertamente, en su discurso ó arenga á los directores al presentar sus credenciales (29 de mayo, 1798), no solamente pudieron aquellos quedar muy satisfechos de las palabras afectuosas de Azara, sino que este ministro se expresó en términos tal vez excesivamente lisonjeros para la república y de exagerada adhesión por parte de la nación española y de su soberano, puesto que entre otras frases emitió las siguientes: «*El rey mi amo es vuestro primer aliado, el amigo mas leal, y aun el mas útil de la república francesa...*» El carácter moral del soberano, á quien tengo la honra de representar aquí, afianza toda la exactitud deseable para cumplir sus empeños, y su probidad os asegura una amistad franca, leal y sin sospecha. La nación á quien gobierna está reconocida por su delicado pundonor; es vuestra amiga sin rivalidad cerca de un siglo hace; y las mudanzas acacidas en vuestro gobierno, en vez de debilitar dicha unión, no pueden servir sino á consolidarla cada día mas, porque de ella depende nuestro interés y nuestra existencia común... (1)»

Así fué que los directores se mostraron altamente satisfechos de las manifestaciones del nuevo embajador, y en su respuesta le expresaron también en nombre de la república su agradecimiento por el interés que en la suerte de los franceses había tomado en tiempos y circunstancias espinosas. Tales testimonios de estrecha adhesión por parte de España daban lugar á creer que ni la Francia sería moderada en exigir, ni el gobierno español escaso en condescender.

Uno de los graves negocios que Azara encontró pendientes de solución fué el de la paz con Portugal, negocio en que Carlos IV había mostrado el mayor interés y el mas decidido empeño, con el buen deseo de librar á sus hijos los príncipes regentes de aquel reino de las calamidades de la guerra con que la Francia le estaba continua y obstinadamente amenazando; pero negocio que, sobre haberse malogrado muchas veces, había tomado, como antes hemos visto, un repugnante aspecto, por los inmundos cohechos, sobornos y verdaderas estafas que en la negociación se habían empleado, de que no salió sin tacha de impureza la reputación de los mismos directores, y que había producido la prisión en el Temple del negociador portugués como si fuese el criminal mas miserable y abyecto. Azara recibió de la corte española la misión de rehabilitar en París el tratado, poniendo para ello á su disposición la suma de ocho millones de reales, y mas si fuese necesario, que así se acostumbraba á tratar con el corrompido gobierno del Directorio. Propúsose Azara no solo reanudar la negociación sin que costara un real al tesoro de España, sino también investigar el paradero de los dos millones que se suponían dados á uno de los directores. Ambos objetos logró, descubriendo respecto al segundo las manos entre las cuales aquella cantidad había desaparecido, y alcanzando, relativamente á lo primero, que se volviera á entrar en negociación, si bien exigiendo el Directorio algun sacrificio mas á la nación portuguesa, y que el tratado le hubiera de firmar Azara solo, como plenipotenciario de Portugal, cuyas credenciales de tal le había enviado ya aquella corte.

Hizo ver el ministro español la conveniencia y aun la necesidad de que autorizara con él el tratado otro plenipotenciario portugués, pues miraría aquella nación como un desdoro que un extranjero firmara su paz, como si no hubiese en todo el reino persona capaz de negociarla. Accedió á ello el Directorio, no sin repugnancia, y á condición de que el ministro portugués que fuese nombrado llevara poderes ilimitados para firmar sin nuevo exámen lo que con Azara se había convenido.

(1) Gaceta de Madrid de 22 de junio, 1798.—También se insertaron estas arengas en los diarios franceses.

Nombró en efecto la corte de Portugal á don Diego Noronha, embajador que había sido en Roma y en España, el cual partió inmediatamente para Madrid. Mas como entrase en el ánimo del ministro Pinto entorpecer la conclusión de la paz, porque así lo exigían el interés de Inglaterra y la política de Pitt á que él estaba adherido, expidióle los poderes sin la cláusula de ilimitación que el Directorio había puesto como condición precisa; y por mas que Azara despachó varios correos á Madrid advirtiéndole que no se presentara si carecía de aquella circunstancia su plenipotencia, Noronha se presentó en París sin llevar en sus poderes aquel requisito.

Gran sorpresa y disgusto causó esta noticia á Azara; gran de era en verdad su compromiso, y no fué pequeño su apuro para participarlo al Directorio. Y por mas arte que empleó para templar el enojo que había de producir la primera impresión, y para evitar despues un golpe brusco y una resolución funesta, al fin no le fué posible aplacar la indignación de los directores; y como supiese un día que estaba ya extendido el decreto ordenando á la policía que encerrase á Noronha en las prisiones del Temple, apresuróse, como único remedio que veía para evitar aquel nuevo escándalo, á prevenir á Noronha que aquella misma noche antes de amanecer partiese para España, si bien haciendo jornadas cortas so pretexto de falta de salud, como así lo verificó. Azara despachó un correo á su corte noticiando todo lo acaecido, y con la contestación de aquella se dió orden al plenipotenciario portugués para que no se acercara á Madrid ni sitios reales, y prosiguiera en dechura á Lisboa. A los dos meses de este suceso propuso el ministro portugués Pinto al Directorio la ratificación de la paz con las ventajas que la Francia pedía, y aun con algunas mas, á condición de que se excluyera de la mediación á España. Manejos y ardidés de Pinto y de Pitt para ganar tiempo y frustrar el tratado, pero que comprendió bien el Directorio, no haciendo caso de la propuesta. Así acabó otra vez aquella infeliz negociación, por intriga de los gobiernos de Inglaterra y Portugal (2).

Realizó por este tiempo Bonaparte aquella atrevida empresa con que sorprendió y asombró á la Europa y al mundo, aquel gran pensamiento que por muchos meses había sabido tener oculto y preparar con impenetrable misterio, aquel plan que su ardiente y viva imaginación le representaba como una cosecha segura y abundante de gloria propia, de laureles para su ejército, de engrandecimiento y prosperidad para la Francia, de ruina y destrucción para Inglaterra, la famosa expedición á Egipto. Dominar para siempre el Mediterráneo, convirtiéndole en un lago francés, afirmar la existencia del imperio turco ó tomar la mejor parte en sus despojos, hacer el Egipto una colonia de la Francia y el emporio de su comercio, ó destruir desde allí las posesiones inglesas de la India y arruinar la Gran Bretaña para caer despues con mas seguridad y en tiempo mas oportuno sobre aquel reino y acabar de anonadarle, estas y otras ventajas se proponía Bonaparte en aquel gran proyecto, para el cual tuvo que vencer hasta la repugnancia del Directorio, único á quien había confiado su secreto (3).

No había en verdad razón que justificara la invasión; y el solo pretexto que se alegaba para cohonestarla era la opresión en que tenían al Egipto los beyes, con lo cual se hacían ó apa-

(2) Memorias de Azara, p. III, cap. 1.º y 2.º.—Correspondencia entre Azara, Talleyrand, Saavedra y Urquijo.

(3) Dos grandes genios habían pensado ya en el Egipto, Albuquerque y Leibnitz. El primero había concebido la gigantesca idea de forzar la corriente del Nilo, precipitarle en el mar Rojo, y asegurar para siempre á los portugueses el comercio de la India: el segundo había dicho al gran Luis XIV: «En el Egipto encontrareis el verdadero camino del comercio de la India, privareis de él á los holandeses, afanzareis para siempre la dominación de la Francia en el Levante, regocijareis á toda la cristiandad, y llenareis al mundo de admiración y asombro; la Europa os aplaudirá entonces, en vez de coligarse contra vos.»—Posteriormente alguna vez se había pensado en el Egipto, y por último el cónsul francés en el Cairo, M. Magallon, había dirigido varias memorias al gobierno sobre la tiranía de los mamelucos y las vejaciones que causaban al comercio francés.—Todos estos datos habían contribuido á sugerir á Napoleon su plan, junto con la máxima que profesaba de que los nombres gloriosos se forman solo en Oriente.

rentaban hacerse la ilusión de que la Puerta Otomana no solo no resistiría la agresión del Egipto por los franceses, sino que lo miraría como un servicio, puesto que era el medio de impedir que Austria y Rusia pudieran realizar sus planes de agresión contra Turquía. El ministro Talleyrand se encargaba de ir á Constantinopla á recabar de la Puerta que aprobara la expedición. Pero la verdad era que ante la perspectiva de la utilidad se pensaba poco en la justicia ó injusticia de la empresa. Y por otra parte no le pesaba al Directorio tener ocasión de alejar de Francia á un general cuya popularidad, cuyo genio ambicioso y emprendedor, y cuya aptitud para los negocios así políticos como militares, le traía inquieto y zozobroso, y no sin razón, porque ya se dejaba vislumbrar el pensamiento de arrojar un día del palacio de Luxemburgo á los que él llamaba los *Abogados*.

Arengó Bonaparte al ejército expedicionario, el ruido de las salvas anunció la salida de la escuadra del puerto de Tolon, y todavía se ignoraba á dónde se dirigía aquella poderosa armada que siempre se había creído estarse aprestando contra Inglaterra. Los trasportes reunidos en Tolon, Génova, Ajaccio y Civitavecchia ascendían á cuatrocientos: entre navíos de línea, fragatas y corbetas componían otros ciento; de modo que surcaban á la vez el Mediterráneo quinientas velas, conduciendo á bordo cerca de cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marinos. Llevaba Bonaparte consigo ingenieros, sabios, artistas, dibujantes, geógrafos, impresores, hasta el número de cien individuos, con una colección completa de instrumentos físicos y matemáticos, y con imprentas de caracteres griegos y arábigos que había tomado en Roma. Entre los sabios que le acompañaban, queriendo participar de la gloria y la fortuna del joven general, se contaban los célebres Monge, Bertholet, Fourrier, Dolomieu y otros hombres distinguidos. Grande honra para él y prueba grande también de la confianza que inspiraban sus empresas.

La primera operación de Bonaparte fué apoderarse de la isla de Malta (10 de junio, 1798), para lo cual lo tenía todo de antemano preparado, ganando á algunos de los caballeros y contando con la debilidad del gran maestre, pues de otro modo no habría tenido ni tiempo ni medios para la conquista de una plaza que se conceptuaba inexpugnable, y mucho mas sabiendo que iba ya en alcance suyo el intrépido Nelson con la escuadra inglesa. «*Fortuna ha sido*, dijo admirando las fortificaciones uno de los jefes de la expedición, *hallar en la plaza quien nos abriese las puertas*.» Arregladas las condiciones con que los caballeros habían de dejar á la Francia la soberanía de Malta é islas dependientes, tomó Bonaparte posesión del primer puerto del Mediterráneo y uno de los mejores del mundo, dejó en él á Vaubois con tres mil hombres de guarnición, organizó la administración civil y municipal de la isla, y á los diez días se dió á la vela para la costa de Egipto (1).

El 1.º de julio (1798), al mes y medio de haber salido de Tolon, llegó la expedición francesa á la vista de Alejandría, con la fortuna de no haberla encontrado Nelson que con la escuadra inglesa la buscaba solícito por aquellos mares, y la habría alcanzado en Malta si la rendición de esta plaza no hubiera sido tan pronta. Muy pronto cayó también en poder de Bonaparte la ciudad fundada por Alejandro, en otro tiempo

(1) En compensación de la entrega prometió Bonaparte intervenir en el congreso de Rastadt para que se diese un principado en Alemania al gran maestre, y en el caso de no ser posible le aseguraba una pensión vitalicia de trescientos mil francos, y una indemnización de seiscientos mil al contado.—Concedió además á cada caballero de la lengua francesa setecientos francos de pensión y mil á los sexagenarios.—Cuando se supo en Rusia la rendición de Malta, causó tan general indignación en los caballeros de aquel imperio, que al punto declararon destituido de su dignidad al último gran maestre Fernando de Hompech, rompieron toda relación con los de Malta, á quienes llamaban miembros inficionados y corrompidos, y se echaron en brazos del emperador Pablo I, que el año anterior había admitido el título de Protector de la Orden, é intentó, aunque en vano, elevarla todavía al mayor grado de esplendor entre las instituciones militares de Europa. La Orden se puede decir que quedó desde entonces disuelta.—Miege, Hist. de Malte.—Vertot, Hist. des Chevaliers de Malte.

tan célebre. El hábil general prometió conservar las autoridades del país, respetar las propiedades y las ceremonias religiosas, y no privar de su dominio al Gran Señor, declarando que solo iba á liberrar el país de la dominación de los mamelucos y á vengar los ultrajes hechos por estos á la Francia. Ejecutado esto, y dejando en Alejandría, como lo hizo en Malta, tres mil hombres de guarnición al mando de Kléber, y dadas al almirante Brueys las órdenes oportunas para que pusiese al abrigo la escuadra, emprendió la conquista del Cairo, cuyas torres descubrió con indecible alegría el ejército francés (21 de julio, 1798), despues de penosas marchas por desiertos y movedizos arenales sin agua y sin sombra, bajo la influencia de un sol abrasador, que hacia desesperar á jefes y soldados, y de cuya fatiga solo pudieron consolarse y aliviarse cuando llegaron al Nilo y se precipitaron á refrescarse y bañarse en sus olas. «*Pensad*, les decía Bonaparte á sus soldados al divisar á su derecha las gigantescas pirámides del desierto doradas por los rayos del sol, *pensad que desde lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os contemplan*.»

No nos incumbe á nosotros, historiadores de España, describir la famosa batalla y triunfo de las Pirámides, la derrota de Murad-Bey con sus numerosas legiones de ligeros mamelucos, y la entrada de Bonaparte y su victorioso ejército en el Cairo. Cúmplenos, sin embargo, observar y admirar la hábil, astuta y singular política del general conquistador para captarse, no solo la benevolencia, sino hasta el afecto del pueblo conquistado: su respeto al culto y á las costumbres de los naturales, la conservación de sus cadés ó jueces propios, el establecimiento de un divan compuesto de los principales jeques y de los habitantes mas distinguidos, las esperanzas de mejorar la suerte de los coptos para atraerlos á su devoción, la protección á las caravanas y á los peregrinos que iban á la Meca, su ostentación y su lenguaje oriental, su asistencia á la gran solemnidad con que se celebraba la subida del Nilo, su presencia en la gran mezquita, sentándose como los musulmanes, y rezando con ellos las letanías del Profeta, hasta el punto de que los grandes jeques (scheiks) obligaron ellos mismos á los egipcios á someterse al enviado de Dios que respetaba al Profeta, y venia á vengar á sus hijos de la tiranía de los mamelucos. Ni es menos de admirar y aplaudir que al tiempo que de esta manera halagaba las preocupaciones populares, trabajara por derramar la civilización y la ciencia en el país, creando el célebre Instituto del Cairo, en que reunió á todos los sabios y artistas que había llevado consigo, y cuyo primer presidente fué el ilustre Monge, y el segundo el mismo Bonaparte.

Pero en este tiempo y al lado de estas glorias sobrevino al victorioso general, y con él á toda la Francia, uno de los mas desastrosos infortunios que experimentó en todo el período de la revolución. Milagro parecía, y fortuna rara había sido, sin negar por eso la parte de habilidad que en ello hubiese, que la escuadra francesa hubiera arribado á Egipto sin tropezar con la británica que desde su salida de Tolon andaba recorriendo puertos y mares en su busca y seguimiento. Nelson, que se había perdido en conjeturas acerca del rumbo y del destino de la expedición francesa, y la había buscado en Tolon, en las costas de Toscana, en Nápoles, en Sicilia, en Alejandría, yendo y volviendo y vagando por el Archipiélago y el Adriático, hallóla por fin anclada en la bahía de Abukir (1.º de agosto, 1798), formando una línea arqueada paralela á la costa, de tal modo que el almirante Brueys la creía inexpugnable, no sospechando que pudiera ser atacada por retaguardia, en la creencia de que no podía pasar un navío por entre la línea y un islote en que se apoyaba. Pero el intrépido Nelson ejecutó esta operación por medio de una atrevida maniobra y á pesar del riesgo de los bajíos, con gran sorpresa de Brueys, y empeñóse aquel terrible combate naval que tan funesto fué á los franceses, no obstante los prodigios de valor que estos hicieron. El resultado de aquella célebre batalla, que los franceses llaman de Abukir, y los ingleses del Nilo, fué la completa destrucción de la escuadra francesa: el almirante Brueys murió, como él decía que debía morir un almirante, dando órdenes, y Nelson fué herido en la cabeza de un casco de bomba, en términos que se temió al pronto por su